

peligro, y cuanto mas se acercaba su fin, mas se empedernia su corazon. Varios médicos espirituales habian trabajado para convertirle, aunque en vano. Pero como todas las horas no son iguales, llega uno que entre otras cosas le dice si se había encomendado alguna vez á la Virgen (nótese que era un sábado). El hereje responde que no, é instado para que lo haga una vez en su vida se niega á ello. Al cabo despues de muchas instancias consiente, y no bien ha acabado su oracion, cuando vuelve en sí y abre los ojos para ver su peligroso estado. Pide confesion, detesta sus errores y empedernimiento, se acusa de los pecados de toda la vida, y recibe con extraordinaria devocion los otros sacramentos de la iglesia sin cesar de invocar á su libertadora, refugio de los pecadores. A las dos horas espira, segun es de presumir, en brazos de esta bondadosa señora. El sacerdote á quien ocurrió este lance, vive aun y es persona de verdad y virtud. Y el pecador endurecido ¿se hará todavía el rehacio viendo tan desmedida bondad? Piense qué es lo que podrá alegar para su justificacion, cuando Dios le diga que tenia abierto este asilo comun de los pecadores y no quiso acudir á él. Forzosamente habrá de enmudecer y sufrir la severidad de un Dios justiciero. Piense mientras es tiempo, y si es cuerdo, aproveche la benéfica influencia de esta estrella para cantar eternamente los portentos de su misericordia con los otros, que gracias á ella se libraron del precipicio.

DUODÉCIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO XIII.

QUE LA MADRE DE DIOS ES LA SALVAGUARDIA DE LOS SUYOS A LA HORA DE LA MUERTE.

Todo lo pierde el que pierde el instante decisivo de la muerte, del que pende la bienaventuranza ó la desgracia eterna; pero Dios en su infinita misericordia ha dispuesto que su amorosa madre no desampare á los suyos en tan duro trance, como veremos en el discurso siguiente.

§. III.—Del auxilio que la madre de Dios da á los suyos á la hora de la muerte.

I. Nunca viene mas á tiempo la lluvia que cuando el sol con sus rayos abrasadores ha secado la tierra en términos de abrirse grietas. De esta figura se vale el Sabio para darnos á entender cuánto vale la misericordia en el tiempo de la tribulacion. Nunca lo experimentamos mejor que á la hora de la muerte, en que se reunen muchas tribulaciones capaces de espantar al ánimo mas esforzado; porque asi como los torrentes que bajan de las montañas, hinchán desmedidamente con sus aguas cenagosas los rios á donde van á parar, de la misma manera nos acontece en la angustia de la muerte. S. Gregorio describe admirablemente este estado, cuando di-

ce (1) que Dios para manifestar á los hombres que á los malos despues de la muerte los espera una desgracia eterna compuesta de todas las desgracias imaginables, les presenta un diseño en la última tribulacion, que es la de la muerte, donde estan reunidas todas las tribulaciones de esta vida. Y á la verdad si el corazon humano no recibiera una particularisima asistencia del cielo para atravesar ese mal paso, no sé cómo saldria. Pero si el asalto es terrible, el auxilio es sin comparacion mas poderoso: todo está en admitirle y usarle oportunamente (2).

II. Confieso que nuestra bondadosa madre está siempre pronta á ayudarnos, porque dice el Sabio (3) que el que es amigo, en todo tiempo ama; pero hay que confesar que en el último trance hace ella portentos para defender y proteger á los suyos. De poco les serviria todo

(1) Hom. 35 in Evang.

(2) Adicion de la madre *Maria Jacoba de Blemur*. — « Dios envió al profeta Isaías para que dijese de su parte al rey Ezequías: Arregla las cosas de tu casa, porque morirás; á fin de darnos esta leccion importante: que Dios tiene en su mano la vida y la muerte lo mismo de los reyes mas poderosos que de los hombres del pueblo y que nadie puede adelantar, ni retrasar la hora señalada á cada uno de nosotros. Los que son sorprendidos por la muerte antes de haber trabajado seriamente en su salvacion, mueren á la mitad de sus dias segun los santos, y sin duda la mayor pena que se siente en aquel paso terrible, es el no haber sido fervoroso en las buenas obras ó el no haber

hecho su tarea mas que en parte, no pudiendo decir con nuestro Señor: He acabado la obra que me habias encomendado; y con S. Pablo: He concluido mi carrera. En vano se desea entonces obrar el bien descuidado en vida; y no obstante este conocimiento no nos hace mas prudentes en una cosa que experimentaremos pronto, tal vez hoy ó mañana. ¡ Ah! medimos nuestros dias para nuestros negocios y planes, como si fuéramos dueños de la fortuna, ó como si dependiese de nuestra voluntad la divina providencia. Ni los amigos, ni los ídolos que adoramos, no podrán ya socorrernos, y lo que mas hayamos amado, nos causará gran tormento.»

(3) Proverb., XVII.

lo que hubiese hecho por ellos hasta entonces, si fueran abandonados en tan peligroso trance. Este es á mi juicio el principal motivo por que S. Agustin, S. Ildefonso, S. Andrés de Candia, S. Metodio, el abad Ruperto y algunos otros y generalmente toda la iglesia católica llaman puerta del cielo. S. Antonino dice que aunque se llama así, porque pasaron por ella todos los tesoros de Dios que bajaron del cielo á la tierra, tambien es porque todo lo que sube de la tierra al cielo, llega por su medio, y especialmente por el auxilio que da á los hombres en la última hora. Este fué tambien el motivo por que S. Ricardo, obispo de Chichester en Inglaterra, estando próximo á morir, despues de encomendar su alma al Señor con las mismas palabras con que Jesucristo encomendó la suya al eterno Padre, repetia á menudo las que la iglesia canta á María en un devoto himno:

Maria, mater gratiae,

Mater misericordiae,

Tu nos ab hoste protege,

Et hora mortis suscipe.

Además ordenó expresamente á sus capellanes se las repitieran con frecuencia cuando estuviese en la agonía. El humilde Idiota las explica así hácia el fin de su contemplacion sobre la Virgen santísima: « Se llama madre de la gracia por el cariño que muestra á los suyos que la han conservado hasta aqui, para que no la pierdan. Se llama madre de misericordia, porque entonces mas que nunca la hace experimentar á los pecadores atrayéndolos á la penitencia. Ella nos conforta en la pelea, de donde proviene que pedimos ser protegidos y defendidos de nuestros enemigos por ella: en fin su maternal cuidado nos acompaña hasta el cielo; por lo cual la suplicamos nos reciba en sus brazos á la hora de la muerte.»

te.» ; Con qué consuelo se lee el siguiente pasaje en las obras de S. Efrén! «Virgen santa é inmaculada, ven en nuestro auxilio en todas nuestras necesidades y defiéndenos de los asaltos del demonio á la hora de la muerte, porque no tenemos mejor abogada que tú.» «Y en otro lugar: «Virgen madre y madre de misericordia, que eres la misma bondad y dulzura, asisteme en el discurso de mi vida y especialmente á la hora de mi muerte: aparta de mi pobre alma las miradas espantosas de los demonios enfurecidos y no permitas que se me acerquen: toma á tu cargo mi causa en el dia terrible del juicio y haz que participe yo de la gloria que me adquirió tu amado hijo (1).» Por aquí se ve fácilmente con cuán justa razon nos enseña la santa iglesia que con nuestras continuas oraciones obliguemos á la Virgen á socorrernos en esta necesidad y á pedirle ruego por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte (2).

III. Pero para hablar distintamente de los buenos oficios que la Virgen santísima hace á los suyos en esta ocasion, es de notar que nuestro temor de la muerte nace principalmente de cinco cosas. La primera es la muerte misma, en cuanto es una separacion violenta del alma, acompañada de muchos accidentes contrarios á

(1) Orat. ad Virg.

(2) Adicion de la madre *Maria Jacoba de Blemur*. — «Si tenemos las ideas que debemos del poder y bondad de esta divina princesa; fácilmente nos persuadiremos á que nadie ni en el cielo, ni en la tierra puede con mas ventaja, ni desea con mas amor asistirnos en aquel instante, del que depende nuestra dicha ó desdicha eterna. Aun que la caridad de los

santos y de los ángeles es grandísima y tienen mucho zelo por nuestra salvacion, no es comparable al incendio de amor que abrasa el corazon de la madre de misericordia; y además una palabra suya, un suspiro de su casto pecho es mas eficaz para con su hijo que la intercesion de todos los santos juntos, aunque sea muy importante su valimiento.»

nuestras inclinaciones y sentimientos naturales. La segunda es la incertidumbre de la hora de este suceso, que por otra parte sabemos ser inevitable. La tercera es la guerra cruel que entonces nos hacen nuestros enemigos invisibles, sabiendo muy bien que en aquel punto se trata de perderlo ó ganarlo todo. La cuarta es el exámen riguroso de nuestra vida, que se hace inmediatamente despues de la muerte y es seguido de la sentencia definitiva de nuestra felicidad ó desdicha eterna. La quinta es el fuego voraz en que son sumergidas las almas para purificarse de las manchas é imperfecciones que no lo fueron en esta vida por la penitencia: de ese fuego se libran pocos aun de los mas justos. Páreceme que cuando yo haya hecho ver los rasgos singulares de bondad de la madre de Dios en todas estas ocasiones, habré satisfecho en algun modo á lo que puede desearse en esta parte.

§. II.—Cómo la Virgen santísima conforta á los suyos contra el temor natural de la muerte.

I. ¿Veis ese bajel sorprendido por la borrasca en alta mar y que de un instante á otro aguarda ser tragado por las olas alborotadas? El cielo le amenaza con sus relámpagos y truenos; la oscuridad le amedrenta; los vientos le combaten reciamente. Roto ya el mástil, llevado el gobernalle, quebradas las antenas, hechas trizas las velas, se arroja al mar el cargamento; no obstante por todas partes el bajel hace agua, y toda la tripulacion clama misericordia. Allí se ve la verdadera imágen de un hombre agonizante, que dice con el profeta David: Los dolores de la muerte me rodearon por todas partes (1).

(1) Salmo XVII.